

# El padre Feijoo y sus «Reflexiones sobre la Historia»

JOSÉ MANUEL RODRÍGUEZ PARDO  
(Fundación Gustavo Bueno)

A Silverio Cerra Suárez, *in memoriam*.

## Introducción

Afirma un historiador tan prestigioso como Javier Fernández Conde que el padre Feijoo no es «un historiador ni un filósofo de la Historia»<sup>1</sup>. Sentencia que, como todas las que se manifiestan con tal brevedad y rotundidad, constituye una verdad a medias. Es de sobra conocido que el padre Feijoo, fundador del ensayo filosófico en lengua española, trató en su *Teatro crítico universal* sobre «todo género de materias para desengaño de errores comunes», inaugurando así, en palabras de Gustavo Bueno, el ensayo filosófico en lengua española<sup>2</sup>. Así, al contrario de lo que señala Conde, el análisis filosófico de la historiografía, la Historia, fue otra de sus facetas destacadas, como lo atestigua su discurso «Reflexiones sobre la Historia» (TC, IV, 8), publicado en el año 1730. Recientemente, utilizando la edición digital de las *Obras del padre Feijoo* del Proyecto de Filosofía en Español de la Fundación Gustavo Bueno, el historiador Francisco Fuster ha publicado una versión del discurso «Reflexiones sobre la Historia»<sup>3</sup>, con un interesante y abundante aparato crítico<sup>4</sup>.

Qué mejor ocasión que los doscientos cincuenta años del fallecimiento del beneditino, añadido a la edición crítica de sus obras, para glosar y someter a análisis, siguiendo la estela crítica del Padre Maestro, este importante discurso suyo, donde nunca se habla de Historia Sagrada, sino de Historia positiva, y cuyos contenidos no solo no desmerecen en absoluto comparados con otros de su época, donde se esbozan las líneas maestras de la disciplina que hoy se conoce como Filosofía de la Historia, tales como la *Ciencia Nueva* (1725) de Giambattista Vico, sino que trascienden el nivel de mero copista de las

<sup>1</sup> Javier FERNÁNDEZ CONDE, «Feijoo y la ciencia histórica», en VV. AA., *Fray Benito Jerónimo Feijoo, fe cristiana e Ilustración*, Oviedo, Seminario Metropolitano, 1976, pág. 75.

<sup>2</sup> Gustavo BUENO, «Sobre el concepto de “ensayo”», en VV. AA., *El Padre Feijoo y su siglo*, Oviedo, Cátedra Feijoo, 1966, págs. 89-112, t. I.

<sup>3</sup> Benito Jerónimo FEJOO, *Reflexiones sobre la Historia (Del «Teatro crítico universal»)*, Francisco Fuster (ed.), Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2014.

<sup>4</sup> Hemos reseñado la misma en *Historiografías*, 7 (2014), págs. 142-145.

*Memorias de Trévoux* que le han atribuido autores del prestigio de José Luis Abellán<sup>5</sup>. Este trabajo se consagra a dejar en evidencia tan infeliz opinión.

### La Historia no depende de la memoria

Pese a que el padre Feijoo suele ser considerado un continuador del empirismo del Canciller Bacon, Feijoo comienza su discurso «Reflexiones sobre la Historia» refutando la idea del Canciller sobre la división de las facultades del alma humana a la hora de dedicarse a las diversas disciplinas existentes. Así, para Bacon, la facultad principal para la dedicación a la historiografía es la memoria, mientras que la poesía necesita de la imaginación y las matemáticas de la razón:

En orden a la Historia hay el mismo error en el vulgo que en orden a la Jurisprudencia; quiero decir, que estas dos facultades dependen únicamente de aplicación y memoria. Créese comúnmente que un gran jurisconsulto se hace con mandar a la memoria muchos textos, y un gran historiador leyendo y reteniendo muchas noticias. Yo no dudo que si se habla de sabios de conversación e historiadores de corrillo no es menester otra cosa. Mas para ser historiador de pluma, ¡oh Santo Dios! solo las plumas del Fénix pueden servir para escribir una historia. Dijo bien el discretísimo y doctísimo arzobispo de Cambray, el señor Saliñac, escribiendo a la Academia Francesa sobre este asunto, que *un excelente historiador es acaso aún más raro que un gran poeta* (TC, IV, 8, § I, 1.).

Es precisamente el punto de vista del historiador un problema fundamental para juzgar la historiografía. Semejante posicionamiento no es disociable del relato histórico, al contrario de lo que sucede con las ciencias puras tales como las Matemáticas o la Biología. Es más, es entre los propios historiadores, a juicio del benedictino, donde se encuentra la crítica más feroz a las diversas formas de escribir la Historia:

Pero en los historiadores, ¡oh qué difícil y severa se muestra la crítica, aún cuando examina los más sobresalientes! [...] En estos mismos grandes historiadores encuentran otros Críticos otras faltas. Plutarco notó a Herodoto de invidio y maligno contra la Grecia. El que mezcló muchas fábulas es dictamen común, en tanto grado, que hay quien en vez del magnífico atributo de padre de la Historia le da el de padre de la fábula. Dionisio Halicarnaseo niega esplendor y majestad al estilo de Jenofonte; añadiendo que si tal vez quiere elevar la elocución al punto, no pudiendo sostenerse, desmaya. Vosio nota la incuria del estilo en Polibio, y el Padre Rapin, el que frecuentemente rompe con reflexiones morales el hilo de la narración. El mismo Vosio acusa de duro y lleno de hipérbatos el estilo de Tucídides (§ I, 2-3.)

<sup>5</sup> José Luis ABELLÁN, *Historia crítica del pensamiento español*, tomo 3: *Del Barroco a la Ilustración* (siglos XVII y XVIII), Madrid, Espasa-Calpe, 1988, pág. 498.

Feijoo presta especial atención al caso de Quinto Curcio, autor del que en más de mil años nadie había citado absolutamente nada, y que tras haberse encontrado el manuscrito de su *Historia de Alejandro* a finales de la Edad Media, recibió elogios durante siglos, y fue considerada el verdadero modelo de historiografía sobre el macedonio, hasta que Juan Clerico descubrió que se trataba de un fraude:

La Historia que anda con el nombre de Quinto Curcio, estuvo recibiendo continuos elogios por espacio de tres siglos, sin que nadie hiciese memoria de ella sino para aplaudirla, hasta que poco ha cayó en las manos de un crítico moderno que, aplicándose a examinarla con especial cuidado, la halló llena de defectos substanciales.

Este fue el famoso Juan Clerico, que, ingiriendo al fin del segundo tomo de su *Arte Crítica* una dilatada censura de Quinto Curcio, le acusó, y probó la acusación sobre los capítulos siguientes: que fue muy ignorante de la astronomía y geografía; que por acumular en su Historia cosas admirables, escribió muchas fábulas; que describió mal algunas cosas; que cayó en contradicciones manifiestas; que escribió algunas cosas inútiles, omitiendo otras necesarias; que por ostentar su elocuencia cayó en la impropiedad de poner excelentísimas arengas en la boca de hombres nada retóricos; que dio nombres griegos a los ríos remotísimos de la Asia; que omitió la circunstancia del tiempo en la relación de los sucesos; que tomó un género de estilo más propio de un declamador u orador que historiador; que fue, en fin, más panegirista que historiador de Alejandro, celebrando su damnable ambición como si fuese heroica virtud (§ I, 5-6).

El benedictino Feijoo, siguiendo la máxima inicial de Saliñac, la que afirma que «un gran historiador es tan raro como un gran poeta», incide en la importancia que existe en saber escribir con buen estilo. Y es que, aun no siendo un atributo esencial a la historiografía, sino accidental, escribir de forma correcta ayuda a la difusión de la historiografía:

Hágome cargo de que el primor del estilo no es de esencia de la Historia, pero es un accidente que la adorna mucho y que la hace más útil. Léenla muchos, hallándola este sainete que no la leyeran sin él. Las especies también se imprimen mejor, porque abraza bien la memoria lo que se lee con deleite, como el estómago lo que se come con apetito. Infinitos saben los sucesos de la conquista de México, que los ignorarán a no haberlos escrito la hermosa y delicada pluma de don Antonio de Solís. En fin, Luciano, que dio excelentes reglas para escribir Historia, en el tratadillo que escribió a este intento prescribe para ella estilo claro, pero elevado, de modo, que llega a rozarse con la grandilocuencia poética (§ VI, 16).

## La metodología histórica

El padre Feijoo también presta especial atención al método histórico, a la labor selectiva del historiador, a su punto de vista, algo que en este caso sí que resulta esencial a la verdadera historiografía:

La prolijidad y la nimia concisión son dos extremos que debe huir. A cualquiera de los dos que se arrime, o incurrirá en la nota de cansado, o dejará la narración confusa; y es para pocos acertar con el medio justo. [...] El método en ningún escrito es tan difícil como en el histórico. Si se atiende a no perder la serie de los años, se destronan los sucesos. Si se procura la integridad de los sucesos, se pierde la serie de los años. Es arduísimo tejer uno con otro el hilo de la historia y el de la cronología, de modo que alguno de ellos no se corte o se oscurezca. A veces los sucesos se embarazan también unos a otros, porque ocurre que al llegar al medio de una narración que hasta allí corría sin embarazo, es menester prevenir todo el resto con otros acacimientos posteriores al principio de ella y anteriores al fin. Lo peor es que no pueden darse reglas para vencer estos tropiezos. Todo lo ha de hacer el genio, la comprensión, la perspicacia del escritor. De aquí depende acertar con el lugar donde se ha de colocar cada cosa y con el modo de colocarla. Si falta el genio, no puede hacerse otra cosa que lo que veo hacer a algunos en este tiempo: componer unas historias gacetales donde se dan hechos gigote los sucesos (§ VII, 17).

Como es lógico, un buen historiador será fiel, no solo para el benedictino sino para cualquier historiador que se precie de serlo, a un buen método y a la verdad histórica,

muchas veces tan impenetrable como la filosófica. Esta está escondida en el pozo de Demócrito, y aquella, ya enterrada en el sepulcro del olvido, ya ofuscada con las nieblas de la duda, ya retirada a espaldas de la fábula. [...] De aquí tomaron algunos ocasión para desconfiar de las más constantes historias, y otros audacia para impugnar las más seguras noticias. Aquel famoso filósofo Campanela decía que llegaba a dudar si hubo en algún tiempo tal emperador llamado Carlo Magno. Carlo Sorel, no solo niega a Faramundo la conquista y reinado de Francia, mas también le duda la existencia. En la República de las Letras se cuenta de un hombre que le aseguró a Vosio tenía compuesto un tratado en que con invencibles razones probaba que cuanto en los Comentarios de César se decía tocante a su guerra en las Galias era falso, mostrando de más a más que nunca César había pasado los Alpes. Un anónimo, no habiendo aún pasado cien años después de la muerte de Enrico III de Francia, se atrevió a afirmar en un escrito intitulado: *La Fatalité de Saint Cloud*, que a aquel príncipe no le había quitado la vida Jacobo Clemente. Tales monstruos, ya de desconfianza ya de osadía, produce la incertidumbre de la Historia» (§ VIII, 19-20).

Sin embargo, dentro de las múltiples historias, la ausencia de verdad tiene, según Feijoo, quien sigue a Séneca, tres principios: «credulidad, negligencia, y

mendacidad de los historiadores» (§ IX, 21). Así, «cuanto los historiadores están más cercanos a los sucesos, tanto más próxima tienen a los ojos de la verdad para conocerla; pero en el mismo grado son sospechosos de que varios afectos los induzcan a ocultarla» (§ IX, 22). Tanto al escribir de un suceso contemporáneo como al hacerlo sobre las cosas de nuestra propia patria, es recomendable que no se haga con afectación y partidismo. De lo contrario, se supondrá que, aunque lo hagamos con veracidad, podremos sufrir el desdén de quienes si piden que se refleje semejante partidismo en las historias. Ejemplos sobrados sobre este hecho son citados por Feijoo. Entre ellos, uno de nuestros grandes historiadores patrios, el Padre Juan de Mariana, que sufrió la desgracia de ser rechazado en Francia por defender el tiranicidio y también en la propia España por no ser todo lo partidista que muchos de sus contemporáneos le exigían:

El ejemplo de nuestro grande historiador el Padre Juan de Mariana servirá poco para que otros le imiten; o por mejor decir, será estorbo para que lo hagan. Fue aquel jesuita muy amante de la verdad; tomóla por blanco de su Historia. Pero el no ser parcial, que es en un historiador la mayor gloria, lo torcieron y tuercen aún muchos nacionales para la ignominia. Calúmnianle de desafecto a su patria, como si el ser afecto dependiera de ser adulador o mentiroso. Aún más adelante pasan. La pasión que reina en los que le culpan quieren transfundir en el mismo autor, acusándole de afecto a la Francia. Y yo lo creyera si no le viera más mal tratado por los franceses que por los españoles. Es hecho constante que su libro *de Rege et Regis institutione* con autoridad de la justicia fue quemado en París por mano del verdugo. ¿Y esto por qué? porque reprendió en él la conducta de Enrico Tercero, rey de Francia. Así que en una y otra nación le hizo daño al padre Mariana el ser desengañado y sincero. En España quisieran que sólo escribiera glorias de la nación; en Francia, que no tocase en el pelo de la ropa a su rey Enrique. De este modo no hace otra cosa el mundo que poner tropiezos a la verdad de la Historia; y aquellos pocos que se hallan dispuestos a escribirla por la integridad propia se ven embarazados con la pasión ajena (§ X, 28).

Otro de los defectos que nos alejan de la verdad histórica es que el historiador tome partido de forma acrítica por la propia religión o por su propia República:

El partido de religión no es menos eficaz que el nacional, antes mucho más para desviar la verdad de la historia. Horrorizan las imposturas con que algunos historiadores protestantes manchan las personas de muchos papas. La ficción de adulterios, simonías, homicidios ha sido poca para satisfacer su odio contra la Suprema Cabeza de la religión católica. A crímenes más feos se extendió su furor, aún respecto de papas sumamente venerables por su virtud. [...] Como la religión verdadera no es incompatible con el indiscreto celo contra los enemigos de ella, no pocos historiadores católicos cayeron en el mismo vicio. De aquí vinieron las suposiciones de que nació Lutero de un demonio íncubo; que fue de baja extracción el falso profeta Mahoma; que Ana Bolena fue hija de Enrico Octavo; que esta infeliz mujer con lascivia vaga cometió mil torpezas en su tierna edad antes de ser amada de aquel príncipe, y otras

fábulas semejantes. Lo peor es que, como cualquier libelo infamatorio contra los de opuesta religión es fácilmente creído, luego se trasladan a las historias las sátiras más infames y más inverosímiles: con que después se citan por una fábula quinientos autores, los cuales, si se mira bien, no tienen más autoridad que aquel libelo de donde se derivó a todos la noticia (§ XI, 30-31).

Un ejemplo de ello, que no aparece de forma expresa en el discurso de Feijoo sobre la Historia —aunque sí idénticas ideas al respecto—, es el relato que ofrece el historiador Pedro Sánchez de Acre, quien en su *Historia moral y filosófica* (1589), destaca el falso vicio de Enrique VIII de Inglaterra, a quien sorprendentemente atribuye el haberse acostado con la mujer de Tomás Bolena y después con su hija, Ana Bolena, en relación con otra cuestión que Feijoo considera ajena a la verdadera historiografía, esto es: la cuestión de deformar o tergiversar la verdad histórica con objeto de mostrar al lector una lección moral. He aquí el texto:

Si el vicio de deshonestidad fue tan feo y digno de condenar en este príncipe, Julio César, cuya vida vamos historiando: ¿cuánto más digno de condenar es en un príncipe que había sido católico (como lo fueron sus antecesores) que es este desdichado rey Enrique? El cual fue tan desordenadamente dado a mujeres (aun en su postrera edad, cuando los hombres cuerdos y cristianos se recogen a buen vivir para desquitar las liviandades de la mocedad) que, estando casado con la princesa doña Catalina, hija de los Reyes Católicos, mujer de grandes prendas, y con autoridad y dispensación del papa Julio segundo (por haber sido primero casada con Arturo, hermano de este Rey Enrique, su marido postrero) y habiendo tenido de ella tres hijos, la aborreció y repudió por sola su autoridad, sin haber otra causa ni razón sino que estaba ciegameamente aficionado a una mujer de baja condición (llamada Ana Bolena) por cuyos amores quiso dar repudio a una reina de tanto ser y majestad como la Reina doña Catalina. Y siendo ella muy hermosa, y la Ana, fea, y desgraciada (si no era en la lengua, que era graciosa y decidora).

Tuvo amores este infelicitísimo Rey con la mujer de Tomás Boleno, su vasallo: de la cual tuvo una hija llamada Ana Bolena. Y ella tenía otra hija, llamada María Bolena, de su marido Tomás Boleno. Y siendo las dos hermanas, tuvo por amiga algún tiempo a la mayor y, enfadándose de ella, tomó por amiga a la menor, que era su hija. Así que gozó de la madre y de una hija que tenía de su marido, y de otra hija propia suya, y de su primera amiga, mujer de Tomás Boleno<sup>6</sup>.

Y es que, como decimos, Feijoo enlaza esta parcialidad con otro vicio ajeno a la verdadera historiografía: la historia que fabula o que tergiversa los hechos y los personajes de una época con el único objetivo de ofrecer a sus contemporá-

<sup>6</sup> Pedro SÁNCHEZ DE ACRE, *Historia moral y filosófica: en que se tratan las vidas de doze philósofos y príncipes antiguos y sus sentencias y hazañas y las virtudes moralmente buenas que tuuieron...* Toledo, 1589, fols. 196v-197r.

neos un ejemplo moral; entre quienes se dedican a estos menesteres se encuentra el citado Pedro Sánchez de Acre, que aun no siendo citado de forma directa y explícita por Feijoo, encaja con la visión de Enrique VIII que expone como falsa. También es de destacar la referencia explícita que hace el benedictino al autor español fray Antonio de Guevara y su obra titulada *Libro áureo de Marco Aurelio* (1528)<sup>7</sup>:

Esta licencia se ha notado mucho en nuestro docto y elocuente español el ilustrísimo Guevara, no sólo por los autores extranjeros, mas también por los de nuestra nación; en tanto grado que Nicolás Antonio dice que se tomó la libertad de adscribir a los autores antiguos sus propias ficciones, y jugó de toda la historia como pudiera de las fábulas de Esopo o de las ficciones de Luciano. Su vida de Marco Aurelio no tiene, por lo que mira a la verdad, mejor opinión entre los críticos que el Ciro de Jenofonte. Ciertamente no puede negarse que escrupulizó un poco en introducir de fantasía sus escritos algunas circunstancias que le pareció podían servir ventajosamente a la diversión de los lectores; como cuando, para señalar un extraordinario origen a la crueldad de Calígula, refiere, (atribuyendo la noticia a Dion Casio) que la ama que le daba leche, mujer varonil y feroz, habiendo, por no sé qué leve ofensa, quitado la vida a otra mujer, se bañó los pechos con su sangre, y así ensangrentados los aplicó muchas veces a los labios del niño Calígula. En Dion Casio no hay tal cosa (§ XIII, 43).

### El historiador ideal es «más que un historiador»

Pese a que el benedictino es autor de todo un sistema crítico en lengua española, no son pocos quienes defienden que en realidad la idea de la crítica feijoniana constituye un trasunto o mera paráfrasis de terceros autores, como sería el caso de Pierre Bayle y su *Dictionnaire historique et critique* (1697), encontrando en el mismo frases muy similares a las que utiliza Feijoo en sus «Reflexiones sobre la Historia». De esta manera, se pretende demostrar que Feijoo lo único que hace es parafrasear a Bayle, de quien habría extraído toda la información positiva, o incluso que habría realizado una versión, adaptada a la ortodoxia católica, de la obra mencionada del calvinista francés; tal es la tesis que defiende Fernando Bahr<sup>8</sup>.

Semejante tesis hemos de considerarla sorprendente, puesto que Feijoo no sólo cita en tres ocasiones a Pierre Bayle en sus «Reflexiones sobre la Historia»: la primera acerca de Mahoma [§ XXXIII, 70, nota (a)] y la última sobre la falsedad de la papisa Juana [§ XLIII, 96, nota (a), § X, 59], sino que, para

<sup>7</sup> Fray Antonio de GUEVARA, *Libro áureo de Marco Aurelio*, Sevilla, 1528. Edición disponible en las *Obras Completas de Fray Antonio de Guevara*, Madrid, Turner, 1994, págs. 1-333, t. I.

<sup>8</sup> Fernando BAHR, «Pierre Bayle y las “Reflexiones sobre la historia” del padre Feijoo», *Cuadernos de Estudios del Siglo XVIII*, 15 (2005), págs. 5-32.

más inri, una de las tres citas es tremendamente crítica con lo que denomina el «pirronismo» de Pierre Bayle [§ XLIII, 96, Nota (a), § VIII, 29] —con lo cual la paráfrasis no podría ser tal. Además, las presuntas «correcciones» a la obra de Bayle que se le atribuyen al benedictino denotan mucho más que una simple cuestión de revisión para adaptar las doctrinas al dogma católico y evitar así una presunta censura. El propio Feijoo declaró en muchas ocasiones dentro de sus obras, tanto en el propio *Teatro Crítico Universal* como en sus *Cartas Eruditas y Curiosas*, que el hecho de que un autor fuera hereje no menospreciaba su interés; algo que prueba, entre otros muchos lugares, en su discurso «Mapa intelectual y cotejo de naciones» (TC, II, 15), defendiendo que Inglaterra ha dado a notables hombres de ciencia como Robert Boyle o Isaac Newton, y a los que sigue pese a que todos ellos fueron herejes (TC, IV, 8, § VIII, 36).

En consecuencia, defender lo que defiende Fernando Bahr sería tanto como afirmar que allí donde se encuentran en Feijoo fuentes similares está copiando a Bayle, pero donde le rectifica no lo hace porque sus tesis sean diferentes, sino simplemente para «salvar las apariencias de la ortodoxia», que es precisamente lo que este autor tendría que demostrar. De hecho, Feijoo defiende como tesis fundamental de sus «Reflexiones sobre la Historia» algo que Fernando Bahr no encuentra (porque sencillamente no aparece) en Pierre Bayle: la cuestión de cómo ha de ser un historiador ideal, algo vamos a tratar en este último epígrafe de nuestro trabajo.

Precisamente, el último problema que señala el benedictino español a propósito de la historiografía, es que, cuantas más obras consulta y asimila el historiador, más dudas se generan sobre los hechos que ha de historiar; algo lógico, puesto que tener acceso a una gran variedad de puntos de vista convierte un hecho que parecía claro y distinto tras leer a unos pocos autores que se reafirman en idénticos juicios, en algo oscuro y confuso, obligando al historiador a discriminar entre un material abundantísimo:

El que estudia (pongo por ejemplo) filosofía solo por un autor, todo lo que dice aquel autor, como sea de los que hablan decisivamente, da por cierto. Si después extiende su estudio a otros, pero que sean de la misma secta filosófica, v. gr. la aristotélica, ya empieza a dudar sobre el asunto de las disputas que estos tienen entre sí; mas retiene un asenso firme a los principios en que convienen. Si en fin lee con reflexión y desembarazo de preocupaciones los autores de otras sectas, ya empieza a dudar aún de los principios.

Lo propio sucede en la Historia. El que lee la Historia, ora sea la general del mundo, o la de un reino, ó la de un siglo solo por un autor, todo lo que lee da por firme, y con la misma confianza lo habla o lo escribe si se ofrece. Si después se aplica a leer otros libros, cuanto más fuere leyendo, más irá dudando; siendo preciso que las nuevas contradicciones que halla en los autores engendren sucesivamente en su espíritu nuevas dudas; de modo, que al fin hallará o falsos o dudosos muchos sucesos que al principio tenía por totalmente ciertos (§ XV, 45-46).

A consecuencia de esta importante problemática, el padre Feijoo dedica una gran parte de su extenso discurso «Reflexiones sobre la Historia» a «notar algunos errores comunes de la Historia (que siempre es mi principal intento), introduciré en este lugar un catálogo de varios sucesos de diferentes siglos, los cuales ya en los libros vulgares, ya en la común opinión pasan por indubitables; proponiendo juntamente los motivos que o los retiran al estado de dudosos, o los convencen de falsos» (§ XV, 47). Esta sección comprende una larguísima extensión de párrafos, en rigor la sección más larga de este discurso, con el objeto de desenmascarar numerosos «errores comunes» de la Historia, la mayoría de corte fabuloso, como el famoso rapto de Elena, negado por Heródoto, el laberinto de Creta y su Minotauro, la fundación de Roma por Rómulo y Remo, el descubrimiento de América por Cristóbal Colón (negando la existencia de un presunto prenauta o precursor de tal hecho) o la institución de los Doce Pares supuestamente instaurada por el emperador franco Carlomagno (§ XVI-XXX, 48-66).

Pero, sin género alguno de dudas, lo que más sorprenderá a los especialistas historiadores, que creen disponer de un verdadero método científico, y lo que a nuestro juicio constituye el punto clave de este discurso de Feijoo que estamos analizando, es su tesis final, donde el benedictino afirma con rotundidad que el verdadero historiador siempre dispone de unos conocimientos que desbordan la mera historiografía. En resumen, que para ser historiador hay que ser más que historiador: «Pero lo que sobre todo hace difícil escribir Historia es, que para ser historiador es menester ser mucho más que historiador. Esta que parece paradójica es verdaderísima. Quiero decir, que no puede ser perfecto historiador el que no estudió otra facultad que la Historia; porque ocurren varios casos en que el conocimiento de otras facultades descubre la falsedad de algunas relaciones históricas» (§ XLV, 104). Un gran historiador, como lo fue Juan Clerico al desenmascarar el fraude de Quinto Curcio, no solo ha de conocer Geografía, sino también Astronomía, Dióptrica y otras disciplinas sin las que hubiera sido imposible poner en evidencia el carácter apócrifo de la *Historia de Alejandro Magno* tenida por auténtica. Parafraseando al médico José de Letamendi, diremos que, para Feijoo, «quien solo sabe de Historia, ni siquiera de Historia sabe».

Y, precisamente, en virtud de ese desbordamiento de la mera memoria de hechos sobresalientes (*memoria res gestarum*), la Historia no puede ser una ciencia perfectamente delimitada, «clara y distinta», al contrario de la Matemática o la Biología, que diríamos hoy día. Ser historiador requiere disponer del dominio de muchas disciplinas que no son ellas mismas históricas. En primer lugar, como insinúa Feijoo, ser historiador implica también tener alguna idea de lo que es la Historia y algún punto de vista claro que permita discriminar la fábula o la mentira de la verdad (algo diametralmente opuesto al *pirronismo* de Pierre Bayle con quien tan desafortunadamente se le emparenta). En resumen, disponer de una visión de la Historia, de una Filosofía de la Historia.

Y, como bien sentencia el benedictino, los llamados «historiadores» son personajes cuyo número resulta excesivo, y gozan de una clara escasez de talento, cuya única interpretación es la que marca su pobre escuela o su ideología política. Personajes en suma perjudiciales, puesto que en su afán por historiar lo único que hace es aumentar el número de historias y con ello el de fábulas, generando en consecuencia mayor confusión e inseguridad sobre esos hechos que presuntamente pretenden esclarecer. Concluiremos, siendo consecuentes con las palabras del benedictino y proyectando su juicio sobre nuestra época, que en definitiva quienes son denominados como «historiadores», normalmente no hacen más que usar de su cátedra o manual para pontificar sobre sucesos que toman de forma totalmente acrítica, cuando no partidista:

Todo esto consideramos preciso para componer un historiador cabal. No ignoro que en muchas materias debemos desear lo mejor y contentarnos con lo bueno, o con lo mediano; mas esto debe entenderse respecto de aquellas facultades en que es inexcusable la multitud de profesores. Cada pueblo (pongo por ejemplo) necesita de muchos artífices mecánicos y, no pudiendo ser todos ni aún la mitad excelentes, es menester que no acomodemos con los que fueren tolerables. ¿Pero qué necesidad hay de multiplicar tanto las historias que hayan de meterse a historiadores los que carecen de los talentos necesarios? ¿Qué ha hecho la multitud de historias sino multiplicar las fábulas? Júzgase comúnmente que para escribir una historia no se necesita de otra cosa que saber leer y escribir, y tener libros de donde trasladar las especies. Así emprenden esta ocupación hombres llenos de pasiones y pobres talentos, cuyo estudio se reduce a copiar cuanto lisonjea su fantasía, o favorece su parcialidad (§ XLVI, 109).